

Prof. YOLANDA LÓPEZ DÍAZ
 Trabajadora Social
 Universidad Nacional de Colombia - Bogotá



LA AGRESIVIDAD: ENTRE LA INTENCIÓN Y LA TENDENCIA *

INTRODUCCIÓN



MANUSCRITO. INGLATERRA (S. X)

La constancia de las reacciones agresivas en la vida humana, su diversidad y su eficacia en el sujeto y en la comunidad en la que se inscriben sus efectos, solicitan una comprensión del sentido que las sostiene en la estructura subjetiva y que incesantemente las reproduce en la vida social.

El decir y el actuar agresivo no pueden pensarse como hechos aislados, azarosos, que emergen casualmente. Muy por el contrario, es necesario situar la agresividad en la dialéctica de la constitución subjetiva, en la perspectiva de desentrañar la naturaleza de los actos agresivos, su fuente, en relación con el encuentro originario con el otro, que funda una dinámica particular de relaciones del sujeto con su mundo.

Intentaré avanzar algunos elementos sobre el proceso constitutivo del yo y su correlato agresivo, buscando diferenciar la agresividad que procede del yo de aquella que tiene su origen en la pulsión.

I. EL YO COMO CONSTRUCCIÓN IMAGINARIA: DE LA NADA AL YO SOY.

La experiencia inicial del niño en relación con su cuerpo es de sorpresa. No existe para él una representa-

* Texto presentado en el Segundo Coloquio de la Maestría "Psicoanálisis, Cultura y Lazo Social" Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia.

*
**ción de
articulación

orgánica y mucho

menos funcional. Cada

órgano, cada función separa-

do de los otros. Movido por las

inercias internas de su cuerpo o por

las manos del otro, (generalmente la

madre, que se encuentra a su lado), su

experiencia en los primeros días de exis-

tencia es de confusión. Los objetos van y vie-

nen, objetos reales que no logra situar en un

lugar, en un orden de realidad. La experiencia

del placer táctil, la voz, la mirada, que permane-

cen en él le vienen de afuera de una manera

desintegrada. Él no puede verse; digamos que sien-

te: hay satisfacciones y dolores focalizados, ausencia

de unidad corporal. Priman en este primer momento

las que Lacan llama "fantasías del cuerpo fragmenta-

do", que posteriormente pueden reconocerse en los

sueños de algunos sujetos, en los síntomas de esci-

sión esquizoide o de espasmo de la histeria. (Lacan

J., 1984, p. 90)

En el principio no existe una imagen del propio

cuerpo, una imagen de sí. Ésta sólo es posible a tra-

vés del semejante, pues la idea de representación, es

ajena al pequeño bebé humano. No es posible un

conocimiento directo de sí mismo. Sólo el reconoci-

miento a través del otro que está fuera y quien como

imagen llega al niño para reconocerse en ella como

gestalt, como unidad imaginaria. Por ello, la imagen

de sí mismo emerge alienada en la imagen del otro:

YO SOY EL OTRO. Aquí la propia imagen existe en

el otro y como don recibido captura, integra

imaginariamente, la fragmentación inicial. Acceder

al "yo soy" supone que en ese fluir de rostros y de

cosas al que el niño se ve enfrentado en el comienzo,

en algún momento (momento de reconocimiento en

el espejo, o en el semejante que hace las veces de

espejo) hay algo que se destaca, una figura que apa-

rece como totalidad: "Ése soy yo", captado como ima-

gen narcisista en el otro.

En ese proceso de reconocimiento del propio cuer-

po, ligado a la imagen del otro y constituyente del

yo, es necesario registrar una discordancia, de la que

el niño no quiere saber, entre la realidad de su cuerpo

prematureo, y la idea de totalidad, de integración, de

*
**

domi-

nio sobre el

mundo que como

imagen el otro le devuel-

ve. La inmadurez

neurológica, la incoordinación

motora, expresiones del

inacabamiento del cuerpo y de la pri-

mitiva impotencia del niño, desapare-

cen en la autorrepresentación del peque-

ño para ser reemplazadas por la imagen de

un otro (generalmente la madre) omnipoten-

te, capaz de movimiento autónomo, de ejercer

control sobre su cuerpo. Esa imagen es aquella con

la que el niño se identifica, a imagen y semejanza

del cual constituye su yo. El otro como virtualidad

que anticipa para el sujeto algo que procede de fuera

pero que en su constitución está mas allá del otro

como tal.

"La fascinación es absolutamente esencial al fe-

nómeno de constitución del yo. En tanto está fasci-

nada adquiere su unidad la diversidad incoherente,

incoordinada, de la fragmentación primitiva. La re-

flexión también es fascinación, bloqueo." (Lacan J.,

1983. p.82).

La anticipación dice de la identificación imagina-

ria del niño con un yo ideal, que como fondo sostie-

ne la función imaginaria que en adelante será fun-

ción fundamental del yo, y que podrá reencontrarse

luego integrada al ideal del yo, en tanto no es posible

renunciar a ella como atadura fundamental del ser.

El yo preso de lo imaginario como consecuencia

de la identificación narcisista primordial, funda los

intercambios que en adelante establece con los otros,

con el mundo, en una función particular, la denega-

ción, entendida como desconocimiento. La imagen

de sí mismo determinará el horizonte de relaciones

que el sujeto contraerá con los objetos que él logra

situar como objetos de su deseo. El yo como manera

imaginaria de acceder al conocimiento del mundo

organiza las coordenadas de la supuesta percepción

objetiva, y en este sentido esta discordancia estruc-

tural será en adelante decisiva en la construcción de

la historia de cada sujeto.

No podrá inscribirse por lo tanto al yo como un

sujeto del conocimiento en el marco del sistema de

"percepción-conciencia" pues no hay en el origen con-

*
**

ciencia

de sí, hay alienación a una imagen ideal que se perseguirá en el transcurso de la existencia y que nunca se podrá alcanzar. Se instala aquí el desconocimiento fundamental de lo que cada uno es.

Esto dice de la estructura paranoica del yo. Saber de sí mismo supone un otro. Lo propio se reconoce afuera, lo que nos sitúa en ese no saber del hombre sobre su ser.

*
**

sobre

la agresividad
(1.948)¹.

En su tesis IV, nos dice: “La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro característico de entidades de su mundo” (J. Lacan, 1984, p. 102).

La agresividad consustancial a la relación especular. Relación yo a yo sostenida por la rivalidad que le es inherente. Agresividad que aquí no es determinada por lo pulsional porque des cansa en la organización imaginaria del yo y donde se pone en juego la ambivalencia que signa los sentimientos de los sujetos.

II. LA AGRESIVIDAD CORRELATIVA DE LA CONSTITUCIÓN DEL YO

El proceso identificatorio deriva en la instauración de una tensión fundamental: yo soy el otro, entonces ¿quién soy yo? Para poder ser debo ser ese algo que el otro es en tanto otro.

Ese otro idealizado que me cautiva, que me absorbe y que me sustrae lo que yo soy.

La lógica extrema de esta relación especular se plantea como: yo o el otro. Es decir se resuelve en una relación de rivalidad fundamental por un objeto apreciado del que el sujeto se siente dueño y en donde hay una amenaza imaginaria de desposesión. El lugar del otro como el lugar más semejante está en el centro de esta lucha que inaugura la constitución del yo.

Se establece aquí una dialéctica de identificación, idealización, agresividad, registro imaginario que todo sujeto despliega siempre en sus relaciones con los otros.

La paranoia constituyente se instaura como una división imaginaria del sujeto contra sí mismo. “Desgarramiento original”, tal como la nombra Lacan, que dirá del sujeto dividido por el semejante.

Identificación narcisista y estructura del yo son correlativos al surgimiento de la agresividad. Su permanencia en el sujeto dice de su vinculación en el origen a esta dialéctica fundamental. Es en esta perspectiva que J. Lacan elabora sus tesis

III. LA AGRESIVIDAD COMO INTENCIÓN

“Los hechos” a los que Lacan se refiere en su texto sobre la agresividad, y que busca situar en la estructura que los origina, son *las reacciones agresivas* que con diferentes matices, intensidad y eficacia pueden registrarse como odio y hostilidad. Sus manifestaciones las conocemos: pasan por la palabra que se hace burla, sarcasmo, ironía, insulto, caricatura y, todos lo sabemos, deriva en formas severas de sometimiento que inhiben, bloquean, entristecen, por la amenaza que ostentan o por el daño o el desconocimiento que prometen.

La agresividad imaginaria, como rivalidad, intenta comunicar algo, decir de los intereses que en la lucha por la vida, el sujeto busca defender, preservar y asegurar. La intención agresiva se puede expresar como reivindicación, es decir como algo que el sujeto cree merecer. En la medida en que la identificación al otro fusiona, confunde, la agresividad posibilita la separación, la diferenciación, permite apropiarse de un lugar en relación con los otros, situarse frente a ellos como algo distinto.

Podría leerse aquí una intención de armonía del sujeto consigo mismo, de encuentro con ese objeto libidinal que en el principio

¹ “La Agresividad en Psicoanálisis” es un texto escrito por Lacan en 1948. Su elaboración está entre “La causalidad psíquica” escrito de 1946 y “El estadio del espejo” de 1949 (primera versión en su conferencia de 1936). Es importante advertir que “La agresividad” es anterior a la introducción de la teoría del significante y de la estructura del lenguaje en la comprensión psicoanalítica.

*
**
es él

mismo en tanto otro.

No decimos con esto que la intención agresiva en sus manifestaciones sea inocua para el sujeto y para la sociedad.

“Roe, mina, disgrega, castra;...a veces conduce a la muerte...” dice Lacan. (1984, p. 97). Tiene una eficacia que entra no sólo por la vía de la palabra.

“Sabemos por experiencia que no es menos eficaz esta agresividad por la vía de la expresividad: un padre severo intimida por su sola presencia y la imagen del Castigador apenas necesita, enarbolarse para que el niño la forme. Resuena mas lejos que ningún estrago”. (Lacan, 1984, p. 97)

El deseo de destruir al otro resulta el punto crítico de la alienación especular. La relación dual precipita una lucha a muerte que se vuelve insoportable y que, como vivencia imaginaria, se convierte en un callejón sin salida. Será necesaria una segunda alienación, aquella que se da a la cadena significante y que funda la subjetividad, para que se pacifiquen los impulsos destructores (no decimos para que desaparezcan). Lo simbólico vendrá a superponerse a lo imaginario y a organizarlo de una determinada manera. Imaginario y simbólico en su amalgamamiento constituirán la realidad psíquica de cada sujeto.

Antes de la pacificación que surte la palabra, la lucha está del lado del ser, de la intención de apoderarse del otro idealizado para poder existir. En el segundo momento, cuando lo simbólico entra a operar en el sujeto, la contienda se da por el tener. Remite a objetos que dicen del deseo del otro y que el sujeto quiere obtener para seguir



*
**
siendo

de alguna manera el otro. Hay aquí algo que se sitúa más del lado de la identificación que de la oposición con el otro.

Aparece así en su origen la ambivalencia fundamental que signa las relaciones de todos los hombres con el semejante. Imagen amada y odiada que oscila entre el júbilo inicial del reconocimiento y el deseo de la propia destrucción que resulta discordante con la relación placer - displacer que del lado del yo busca resolverse como armonía, equilibradora de la subjetividad.

Cuando lo que está en juego es la rivalidad, esta intención de equilibrio es solidaria de una vertiente de la agresividad que no excluye una intención comunicante. En esta intención pueden reconocerse intereses de los sujetos que se expresan como una demanda que es interpretable y que permite negociar transar, renunciar, distanciarse, hacer pactos de pareja familiares, sociales y comunitarios.

El ideal del yo, instancia simbólica, sostendrá el narcisismo, porque en el ideal buscará reactualizar, recuperar esa imagen original, placiente, admirada que en su latencia hablaría de ese amor a sí mismo que se originó en la relación especular.

El Gran Otro, inscribirá la agresividad en códigos de comportamientos socialmente tolerables. Habilitará al sujeto para llevar o sobrellevar la vida en comunidad. En este sentido la agresividad que está del lado de la intención es dialectizable, descifrable en su sentido como síntoma, pero es además aquella a la que se puede renunciar por intervención de un tercero.



PUERTA DE BRONCE. NOVGOROD. RUSIA (FINES S. XI)

*

**

"Sin

embargo, el hombre soporta mal tener que renunciar al primitivo componente agresivo que rige el vínculo erótico con su imagen. En toda relación de amor pervive un sentimiento de rivalidad, que alienta las primeras aspiraciones vinculadas con la relación imaginaria.

No se ama a otro más que a pesar del amor a sí mismo, amor que apresa al niño en un mundo-imaginario- que lo sume en una rivalidad" (Gallo H., 1991, p. 71).

IV. LA TENDENCIA AGRESIVA CORRELATO DE LA PULSIÓN DE MUERTE

Pasar de la agresividad imaginaria a la tendencia agresiva, es pasar de la agresividad que se origina en la vertiente del yo a la que se causa en la pulsión de muerte. Intentaré una breve presentación al respecto.

El principio del placer, concepto fundamental en Freud, y por lo demás bastante divulgado, en su elaboración de los primeros años excluye el displacer como meta íntima del sujeto. Su metáfora energética sitúa la homeostasis como principio rector de los intercambios libidinales. Las cargas y descargas libidinales como efecto de los estímulos externos e internos del psiquismo atienden en esta concepción a un mecanismo de regulación, en un automatismo compensatorio que inevitablemente conduce al equilibrio psíquico. Las fuerzas privilegiadas en esa especie de selección natural, serían las placenteras y la dinámi-



*

**

ca de

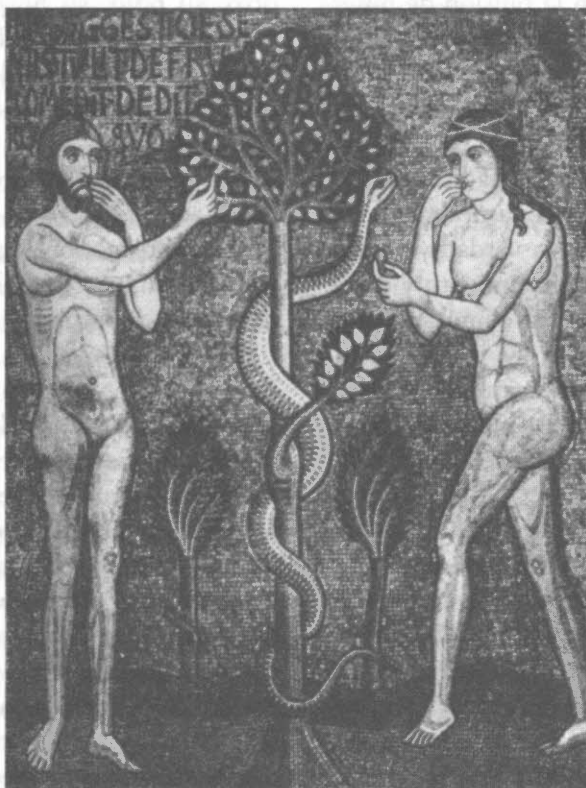
los intercambios libidinales conducirían a lo que podríamos llamar lo placentero.

La tendencia restitutiva, como un saber psíquico homologable al saber de los organismos biológicos, sostiene esta teorización, en cuanto es una inercia del psiquismo por volver al principio, por retornar al equilibrio inicial (esta concepción se sostiene hasta 1915 aproximadamente).

Por los datos de su experiencia clínica, Freud empieza a intuir que hay algo distinto que retorna y que se encuentra más allá del principio del placer. Algo que se inscribe como enigmático, porque dice de una paradoja: el placer en el dolor. La insistencia clínica de esta experiencia humana impuso su reconocimiento al creador del psicoanálisis, como un principio, como una constante que se hace presente en la compulsión a repetir. La pulsión de muerte como algo que se realiza en retorno en el sujeto porque procede de él mismo.

Este descubrimiento que se sitúa en la obra de Freud en la década del veinte, redimensiona en la teoría psicoanalítica la dialéctica del sujeto consigo mismo y con el mundo.

Refiriéndose a este hallazgo de Freud, dice Lacan: "La vida es eso: un rodeo, un rodeo obstinado, por sí mismo transitorio, caduco y desprovisto de significación. ¿Por qué razón en ese punto de sus manifestaciones llamado hombre, algo se produce que insiste a través de esa vida y que llamamos sentido?(...) Un sentido es un orden que surge. En él una vida insiste en entrar, pero él expresa quizá algo



PALERMO. ITALIA (S. XII)

*
**

que
está totalmen-
te más allá, pues
cuando vamos a la raíz
de esa vida, y detrás del dra-
ma del paso a la existencia sólo
encontramos la vida unida a la
muerte. A esto nos conduce la dialéc-
tica freudiana.” (Lacan J., 1983, p. 347).

Dimensiona aquí Lacan desde la pers-
pectiva del sentido, vale decir desde la ins-
cripción del sujeto en las estructura simbólica,
desde el encuentro con el Otro, lo que Freud desde
una esfuerzo de explicación, sitúa en lo biológico.
Concluye Freud en *Mas Allá del principio del Pla-
cer* que la tendencia que se aplica a toda vida orgá-
nica y por ello a las pulsiones: es la de regresar a un
estado anterior, lo que se corrobora en que todo lo
vivo muere, por lo cual la vida es sólo una perturba-
ción de ese estado natural al que todos como fin fun-
damental tendemos, lo que permite deducir que toda
vida llama a la muerte (Freud S., 1989, p. 112 a 114).
Busca explicar así el enigma de la compulsión a la
repetición encontrándose allí con la pulsión de muer-
te.

“Con el descubrimiento del masoquismo primor-
dial, Freud establece que no hay un fin libidinal don-
de en mayor o en menor medida no se incluya una
mezcla de la vida con la muerte. Tan radical es ésta
hipótesis que excluye toda tendencia natural del hom-
bre hacia valores superiores como la verdad y el pro-
greso. Lo integrado a partir de su nacimiento y desde
el momento mismo de su existencia como sujeto es
algo incurable que se enmascara en las manifestacio-
nes concretas e históricas de las funciones humanas,
algo con lo cual sueña la vida y le indica su paso,
denominado compulsión hacia la muerte.” (Gallo H.,
1991, p. 73).

La vida arrebatada al ser de su estabilidad original y
la sustenta precariamente en los ideales que como
promesa de sentido el sujeto intenta sostener a lo
largo de su lucha vital.

La pulsión cumple a espaldas del sujeto su fin
primordial: su satisfacción. Desde esa intención cons-
truye sus objetos, los sustituye, deriva de unos a otros
y en su pujanza silenciosa puede pasar por el cuerpo
propio o el ajeno, puede dirigirse al otro, puede in-

*
**

cluso
renunciar a la
satisfacción a con-
dición de derivar de ello
un dolor en el que se com-
place y en el que busca mante-
nerse.

Aquí la compulsión a la repetición
se puede identificar con la pulsión que
en su voracidad desmedida exige cada vez
más. Allí el sujeto deriva sin saber un goce
extremo que lo coloca en el límite de la vida y
de la muerte. La pulsión como tendencia mortí-
fera se liga entonces a un goce indecible, imposi-
ble de saturar y de aprehender. Someter la vida al
empuje de la muerte, al sufrimiento, a la mortifica-
ción, en una palabra, al sacrificio, es la lucha ince-
sante de la pulsión.

La agresividad no es la pulsión de muerte; la re-
presenta, en tanto es una estrategia inconsciente del
sujeto de realizar en el escenario de los otros lo im-
posible del goce. Al dirigirse al otro el sujeto intenta
restituir su armonía interior, colocando afuera, en el
otro, su odio, su hostilidad, su imperativo de des-
trucción. El deseo del otro que es su propio deseo
entra a formar parte de ese juego siniestro en el que
el sujeto lucha por no sucumbir al llamado de la muer-
te.

La pulsión siempre se satisface. Sujeto y cuerpo
en el acto agresivo se convierten en objeto de goce.
Pero la satisfacción lograda es apenas una sombra de
la que ansía porque ella en su plenitud siempre es
del orden de lo imposible. Por ello insiste en la repe-
tición compulsiva, en el paso al acto, reivindicando
incluso en los tormentos que la angustia y la culpa
producen, su voluntad de goce.

En su salida al exterior, la tendencia agresiva sólo
logrará instaurar el terror que produce el deseo de
aniquilamiento. El goce que quiere alcanzar es el que
deriva del dolor del otro. Por ello el caos que quiere
evitar retorna al sujeto por efecto de sus actos agresi-
vos. Se coloca entonces como objeto de la agresión
del otro lo que en el fondo es la búsqueda funda-
mental. Quedar atrapado en la mirada y en la inten-
ción destructiva del otro.

El goce que el sujeto quiere alcanzar pasará por
las coordenadas del Gran Otro. Las metas, los me-

*
**

dios ,
los fines que la
cultura impone
para impedir la disolu-
ción social, registran las me-
diaciones, las prohibiciones, los
ideales, que se sostienen en un sa-
ber sobre el sujeto: su imposibilidad
originaria de amar al otro más que a sí
mismo y la intensa y persistente tendencia
a dañar, a destruir y a autocastigarse.

La tendencia agresiva es apenas una manio-
bra de la que el sujeto no sabe. Éste se preocupa
por mantener la insistencia de la libido ligada al
eros, por restaurar una armonía perdida, por esca-
par a ese llamado mudo de la muerte, sabiendo sin
saber que en los insistentes fracasos de la restitución
se instaurará, como una condena, la repetición.

Seguramente muchas veces la intención agresiva
quedará atrapada por la tendencia y lo que en un
momento era reclamo y significación al mismo tiem-
po, se convierte en un empuje destructivo y
autocastigante en donde la dinámica de ida y vuelta
de la pulsión insistirá, para apoderarse del sujeto y
hacerlo desaparecer en el acto destructivo.

Aquí hay algo que se escapa, un resto que no
entra por las vías de la ley. Algo que no es dialectizable
y que introduce en la cultura una constante amenaza
de disolución. La pulsión de muerte como empuje
disolvente se encuentra en la base del fracaso de los
pactos, de los compromisos, de las promesas de ar-
monía o de negociación duradera. Esta dinámica
pulsoanal es la que se encuentra en el origen de la
imposibilidad de armonía del sujeto y del mundo.

Los malestares de la cultura, expresan la dialéctica
entre el mal que funda al hombre y los ideales de
paz, de amor, de encuentro, en los que se sostiene el
vínculo social.

Las sociedades se distinguen por los mecanismos
de regulación y de control que crean, para someter
aquello del ser humano que se inscribe como posibi-
lidad de daño a los otros. El arte, la educación, las
figuras de identificación, los principios y mandatos
que se orientan a preservar el respeto, el cuidado por
los demás, tienen como función contener aquello del
ser humano que se escapa y que se repite con dife-
rentes máscaras pero que remite a esa imposibilidad

*
**

funda-
mental de ha-
cer vínculo amoro-
so y duradero con los
otros.

En lo más hondo de sí mis-
mo el sujeto se debate entre oposi-
ciones que lo desgarran: yo o el otro;
amor-hostilidad; deseo-goce; pulsión-ley;
eros-muerte; que en la dialéctica constitu-
tiva del sujeto, derivada de las particulares
relaciones forjadas con el otro imaginario y con
el otro simbólico dirán de una forma particular
de situarse en el mundo. La felicidad, como la ilu-
sión de eternizar aquellos instantes intensos de rea-
lización humana, dará siempre paso a la búsqueda
de algo nuevo y distinto que satisfaga la falta funda-
mental que signa el destino humano, búsqueda a la
que, a su paso, cada sujeto encontrará la tensión en-
tre lo amoroso y lo caótico de la tendencia a la des-
trucción Ψ

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD S., *Mas allá del principio del placer*. 1989. Edit. Alianza. Madrid.
- _____, *Las Pulsiones y sus destinos*. 1985. Edit. Amorrortu. Buenos Aires.
- GALLO H., *De la agresividad a la pulsión de muerte*. En VARIOS AUTORES *Agresividad y pulsión de muerte*. Fundación del Campo Freudiano. Medellín. 1991.
- LACAN J., *El estadio del espejo como formado de la función del yo*. En *Escritos I*. 1984 Editorial siglo XXI. Madrid.
- _____, *La agresividad en psicoanálisis*. En *Escritos I*. 1984. Edit. Siglo XXI. Madrid.
- _____, *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología*. En *Escritos I*. 1984. Edit Siglo XXI. Madrid.
- _____, *Desmontaje de la pulsión*. En *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario XI. 1987*. Edit. Paidós. Barcelona
- LAURENT E., *La tesis IV de la agresividad en psicoanálisis*. En VARIOS AUTORES. *Agresividad y pulsión de muerte*. Fundación del Campo Freudiano. Medellín. 1991.
- MILLER J. A., "La agresividad en psicoanálisis" de J. Lacan. En VARIOS AUTORES. *Agresividad y pulsión de muerte*. Fundación del Campo Freudiano. Medellín. 1991.
- _____, *Lógicas de la vida amorosa*. 1989. Edit Manantial. Buenos Aires.